



## Hacia el Padre

Domingo 5 de Pascua  
Jn 14, 1-12

Los Evangelios de hoy y del domingo próximo están sacados de las despedidas de Jesús según San Juan. Nos relatan algo de lo que Él dijo a sus apóstoles, inmediatamente antes de su Pasión y Muerte. Son, por eso, una especie de testamento de Jesús.

Preparan a los apóstoles para dos acontecimientos sobresalientes de la historia de salvación: la ida de Jesús el Padre en su Ascensión y la venida del Espíritu Santo en Pentecostés.

Son los dos acontecimientos que también para nosotros son inminentes en estas semanas. Y a la vez son dos misterios de la fe que engranan profundamente en nuestra existencia personal: nuestra vida consiste en un ir hacia el Padre. Y el Espíritu Santo es el gran guía y educador en este camino.

Mientras el próximo domingo las lecturas alumbrarán al Espíritu Santo, hoy es destacada la ida al Padre.

### **¿De dónde venimos y a dónde vamos?**

Ésta es una de las preguntas más esenciales de nuestra vida humana. Jesús hoy nos quiere dar la respuesta: *“Yo me voy al Padre”*. Y en otra oportunidad Jesús amplía todavía más su respuesta: *“Salí del Padre y vine al mundo; de nuevo dejo el mundo y voy al Padre”* (Jn 1 6,28).

Dios Padre es punto de partida y a la vez meta de la vida, pero no solamente para Jesús, sino también para todos nosotros: *“Yo voy a prepararos un lugar. Y cuando haya ido y os haya preparado un lugar, volveré y os llevaré conmigo”*.

Así estamos entrelazados con el destino de Cristo. ¿De dónde venimos? Tal como Él, en Él y con Él hemos salido del Padre y hemos venido a este mundo. ¿A dónde vamos? En Él y con Él vamos volviendo al Padre. Éste es el gran fin de nuestra vida.

### **¿Pero, creemos realmente en esto?**

¿Nuestra vida es un testimonio de esta fe? Da la impresión de que hasta los cristianos piensan que esta vida terrenal sea la única y la definitiva, que no existe otra vida en el más allá. Otros la viven como si no terminara nunca, como si no existiera la muerte.

Y entonces, lógicamente, se apegan con todo su ser a los valores y a las cosas de este mundo: bienes y riquezas, satisfacciones y placeres, poderes y poderosos - los tres ídolos: plata, placer y poder.

Y nadie piensa que todo esto es pasajero, que todo lo terrenal es transitorio: no podemos llevar nada de ello, un día tenemos que dejarlo todo.

**Somos peregrinos en este mundo.**

Pues, ¿dónde está nuestra patria definitiva? Está en la casa del Padre, está en el corazón de Dios. Dios-Padre nos ha enviado, sólo por un tiempo muy breve, a esta tierra. Somos todos peregrinos extranjeros en este mundo. Y los pocos años que pasamos aquí abajo, son años vividos en tierra extraña.

Resulta que no hay nada puramente terreno que puede llenar y saciar nuestro corazón humano. Nuestro anhelo profundo es demasiado grande para este mundo. Sólo Dios Padre es nuestro hogar. Todo lo demás es demasiado pequeño para nosotros. Nuestra hambre de felicidad únicamente será saciada en Dios y junto a Él.

Jesús, en el Evangelio de hoy, no nos dice sólo adonde vamos, sino que nos muestra también el camino. Nos dice lo que debemos hacer para alcanzar la meta de nuestra vida: *“Yo soy el camino y la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí”*.

**Desprendernos de nosotros mismos.**

Solamente por Jesús y con Él llegamos al Padre. Su persona es nuestro molde, su vida nos señala el camino. ¿Y cuál es el camino? Según su ejemplo, el camino es éste: ¡desprenderse de sí mismo y de las cosas, y entregarse a Dios!

Si Dios es la meta de nuestro camino, si nuestros corazones deben pertenecerle al Padre, entonces hemos de desprendernos de todo lo que no le agrada. Hemos de liberarnos de a poquito de todo lo egoísta y enfermizo en nuestro interior, de todos nuestros apegos y deseos desordenados.

Sólo si nos vamos desprendiendo de nuestra soberbia y egolatría, de nuestro egoísmo arrogante, sólo así podremos cobijarnos en Dios y abandonarnos a Él.

Creo que no existe cosa más grande en este mundo que entregarse sin reservas a Dios, que regalarse totalmente al Padre. Nuestra grandeza no consiste en hazañas exteriores. Tal como fue en la vida de Cristo, solamente es grande nuestra existencia, si lleva el sello de la voluntad divina. Entonces es grande, por más oculta que permanezca.

Queridos hermanos, el sentido de mi vida es: caminar hacia el Padre. Él es mi meta suprema. Y cuando muera, la muerte significará solamente una ganancia para mí. Caerán todas las barreras terrenales. Poseeré, en Dios, la infinitud, la felicidad, el cumplimiento de todos mis anhelos, para siempre.

¡Qué así sea!

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Amén.

Padre Nicolás Schwizer  
Instituto de los Padres de Schoenstatt